

El primero que el marqués asió al acaso fué Alan, que gritaba:—¡Tengo miedo!

Lantenac se lo entregó á Radoub, que lo pasó al soldado más inmediato, el que lo puso en manos de otro, mientras Alan, temblando y llorando, llegaba de mano en mano al pié de la escalera. El marqués desapareció un instante y volvió á la ventana con Renato, que también se resistía y lloraba, y hasta le pegó á Radoub en el momento en que le recogía de los brazos del anciano.

El marqués entró en la sala, ya llena de llamas, donde habia quedado sola Georgina. Al dirigirse á ella se sonrió la niña, y aquel hombre de granito sintió que se le humedecían los ojos.

—Cómo te llamas? le preguntó á la niña.

—Orgina, dijo ésta.

El marqués la tomó en brazos; Georgina no dejó de sonreír, y en el momento de entregarla á Radoub, aquella conciencia tan altiva y tan oscura experimentó el deslumbramiento que irradia de la inocencia, y aquel anciano dió un beso á la niña.

—Es la muñeca! exclamaron los soldados, y Georgina, á su vez, descendió de brazo en brazo hasta tierra, entre exclamaciones y gritos de adoración. Todos palmoteaban, todos aplaudían; los granaderos veteranos sollozaban y ella les sonreía.

La madre estaba al pié de la escalera, jadeante, loca, ébria de gozo ante aquella salvación inesperada, como lanzada sin transición desde el infierno al paraíso. El exceso de alegría martiriza hasta cierto punto el corazón. Micaela tendió los brazos, recibiendo en ellos, primero á Alan, después á Renato y últimamente á Georgina; los cubrió de besos indistintamente, se puso á reír y cayó desmayada.

Levantóse en el campamento este inmenso grito:

—Todos se han salvado!

Todos se habían salvado, en efecto, menos el salvador; pero nadie pensaba en él, ni quizás él mismo. Permaneció algunos instantes pensativo asomado á la ventana, como si quisiese dejar que el incendio tomase una resolución. Después, sin apresurarse, lentamente, pasó una pierna por la ventana, después la otra, y sin volverse, recto, erguido, pegado á los escalones, teniendo detrás de él el incendio y delante el precipicio, empezó á bajar por la escalera en silencio y con

majestad de fantasma. Los soldados que estaban en la escalera se precipitaron á tierra; todos los circunstantes se estremecieron, retrocediendo con una especie de terror sagrado ante aquel hombre, como ante una visión. Lantenac se hundía entre tanto gravemente en la oscuridad; mientras ellos retrocedían, él se acercaba á ellos: en su palidez de mármol no se veía ningún pliegue; su mirada de espectro no despedía ni un solo rayo; á cada paso que daba hacía los soldados, cuyas pupilas asustadas se fijaban en él en las tinieblas, parecía aumentar de estatura; la escalera temblaba bajo sus piés lúgubres; parecía la estatua del Comendador volviendo á bajar á su sepulcro.

Cuando afirmó un pié en el último escalón y el otro en tierra, una mano le asió por el cuello.

—Te prendo, dijo Cimourdain.

—Haces bien, le contestó Lantenac.

## LIBRO SÉPTIMO

### Después de la victoria el combate.

#### I.

Lantenac preso.

Se apoderaron del marqués.

Abrieron, ante la severa inspección de Cimourdain, la cripta del piso bajo de la Tourgne; metieron en ella una lámpara, un cántaro de agua, un pan de munición y un haz de paja, y encerraron allí á Lantenac.

En seguida Cimourdain se fué á conferenciar con Gauvain. En aquel momento el reloj de la lejana iglesia de Parigné daba las once de la noche.

Cimourdain dijo á Gauvain:

—Voy á convocar el Consejo de guerra, pero tú no formarás parte del tribunal por ser pariente de Lantenac, pariente demasiado cercano del reo para que seas su juez, pues creo que Igualdad hizo mal en juzgar á Capeto. El Consejo se compondrá de tres jueces: de un capitán, que será Guechamp; de un sargento, que será Radoub, y de mí, que soy el delegado del Comité de Salvación pública y que será el presidente. Esto no es de tu incumbencia. Cumpliremos el decreto de la Convención, limitándonos á hacer constar la identidad de la persona del ex-



EL ANCIANO DIÓ UN BESO A LA NIÑA

marqués de Lantenac. Mañana celebraremos el Consejo, despues trabajará la guillotina. La Vendée ha muerto.

Gauvain no replicó, y Cimourdain, preocupado en la ocupacion suprema á que iba á entregarse, se separó de su discípulo; tenia además que designar las horas y el sitio del juicio y de la ejecucion. Como Leguinio en Granville, como Tallier en Burdeos, como Chalier en Lyon y como Saint-Just en Estrasburgo, tenia la costumbre, considerada como de buen ejemplo, de asistir en persona á las ejecuciones. El Terror del 93 tomó de los Parlamentos de Francia y de la Inquisicion de España esa costumbre.

Gauvain tambien estaba preocupado.

Frio viento soplaba por la parte del bosque. Gauvain, encargando á Guechamp que diese las órdenes necesarias, se dirigió á su tienda, que se levantaba en un prado á la entrada de la espesura al pié de la Tourgne; tomó su capote de capucha y se embozó. El capote estaba ribeteado con el sencillo galon que, segun la moda republicana, sóbria de ornamentos, era la insignia de jefe superior. Se paseaba por aquel prado sangriento, por el que empezó el asalto. Estaba solo.

El incendio continuaba, pero no hacian ya caso de él: Radoub estaba con los niños y con la madre, mostrándose casi tan tierno como ella; se acababa de quemar el castillejo del puente; los zapadores trataban de limitar la accion del fuego, dejándole consumir lo que no podian salvar; abrian hoyos para enterrar á los muertos; hacian á los heridos las primeras curas; demolian el reducto; desembarazaban de cadáveres las salas y las escaleras; fregaban el sitio del combate, barrian el monton de la basura terrible de la victoria; los soldados se ocupaban, en fin, con su acostumbrada rapidez militar, de lo que puede llamarse la limpieza de la batalla. Gauvain no veia nada de esto. Preocupado, apenas dirigió una mirada al cuerpo de guardia de la brecha, guardia doblada por orden de Cimourdain.

Distinguia esta brecha en la oscuridad á más de doscientos pasos del prado en que se refugió. Veia aquella abertura negra. Por ella comenzó el ataque hacia ya tres horas, por ella penetraron en la torre; en aquel piso bajo estaba el reducto, allí la puerta del calabozo que ahora encerraba á Lantenac; la guardia de la brecha estaba precisamente allí para guardar aquel calabozo. A la par que

sus ojos veian la brecha, sus oidos conservaban aun, como se conserva el sonido de una campana, el eco fúnebre de estas palabras: "Mañana se celebrará el Consejo, pasado mañana trabajará la guillotina."

El incendio que consiguieron aislar, y sobre el que los zapadores arrojaban toda el agua que pudieron proporcionarse, no se extinguia sin resistencia y despedia llamas intermitentes; oíanse á cada momento el chasquido de los pisos y de los techos y el estruendo que producian al derrumbarse uno sobre otro; en esos momentos, torbellinos de chispas volaban como de una antorcha sacudida, claridad de relámpago hacia visible el extremo horizonte, y la sombra que proyectaba la Tourgne, creciendo súbitamente, se prolongaba hasta el mismo bosque.

Gauvain paseaba con pasos lentos por dicha sombra y por delante de la brecha. De vez en cuando cruzaba las manos, que tendia hácia atrás, en la espalda, y llevaba la cabeza cubierta con el capuchon de campaña. Meditaba.

## II.

Gauvain pensativo.

**E**ra insondable su meditacion. En ella acababa de verificarse un cambio extraordinario; en ella el marqués de Lantenac se habia transfigurado, y Gauvain fué testigo de esta transfiguracion. Nunca éste imaginó que pudiese dar semejante resultado una complicacion de incidentes de cualquier clase que fuesen; jamás, ni aun en sueños, sospechó semejante desenlace. Lo imprevisto, ese no sé qué altivo y superior que se burla del hombre, se apoderó de Gauvain y le sujetaba. Gauvain veia ante sí la imposibilidad convertida en realidad visible é inevitable.

Qué pensaba Gauvain de lo sucedido? No habia medio alguno de tergiversarlo; era preciso mirar frente á frente y decidirse. Se le presentaba una cuestion y tenia que resolverla. ¿Quién se la presentaba? Los acontecimientos.

No solo los acontecimientos; porque cuando éstos, que son variables, nos proponen una cuestion, la justicia, que es inmutable, nos obliga á resolverla. Detrás de la nube que nos dá su sombra, está la estrella que nos envia su luz, y no podemos evitar ni la luz ni la sombra.

Gauvain sufría un interrogatorio,

comparecia ante un sér abstracto y temible; ante su conciencia.

Todo vacilaba en Gauvain; sus resoluciones más sólidas, sus promesas hechas con el más firme propósito, sus decisiones más irrevocables, todo esto vacilaba en las profundidades de su voluntad. También hay temblores en el alma.

Cuanto más reflexionaba en lo que acababa de ver, más trastornado estaba.

El republicano Gauvain creía estar y estaba en lo absoluto; pero un absoluto superior acababa de revelársele. Por encima de lo absoluto revolucionario vió que estaba lo absoluto humano.

Lo que sucedió no podía eludirse, el caso era grave; Gauvain estaba complicado en él y no podía evadirse de la complicación, y aunque Cimourdain le dijo: "No tienes nada que ver con esto", experimentaba una sensación parecida á la que experimenta el árbol en el momento en que le arrancan la raíz.

Cada hombre tiene una base; cuando siente que ésta se conmueve, sufre turbación profunda: esto le sucedía á Gauvain.

Se apretaba la cabeza con las manos como para hacer saltar de ella la verdad. Precisar su situación no es fácil; simplificar lo complejo es difícil: tenía ante sí terribles números que sumar; hacer la suma del destino es vertiginoso. Probaba á sacar esa cuenta, se esforzaba por reunir sus ideas, por disciplinar las resistencias que sentía dentro de él y por recapitular los hechos, que á sí mismo se exponía.

¿A quién no le ha sucedido el caso de tener que exponerse los hechos y de preguntarse á sí propio en circunstancias supremas qué itinerario debía seguir, ya para avanzar, ya para retroceder?

Gauvain acababa de presenciar un prodigio.

A la par que al combate de la tierra, asistió al combate del cielo, al combate del bien contra el mal, que acababa de vencer á un corazón de mármol.

Conociendo la maldad de que está dotado el hombre, su violencia, sus errores, su ceguedad, su terquedad funesta, su orgullo y su egoísmo, Gauvain acababa de asistir á la realización de un milagro. El de la victoria de la humanidad sobre el hombre.

La humanidad había vencido al inhumano.

Por qué medio? de qué modo? ¿Cómo derribó al coloso de cólera y de odio?

qué armas empleó? ¿qué máquina de guerra? Una cuna.

Gauvain estaba deslumbrado. En plena guerra social, en plena conflagración de todas las enemistades y de todas las venganzas, en el momento más terrible y más furioso del tumulto, en la hora en que el crimen lanzaba todas sus llamas y el odio todas sus tinieblas; en ese instante de las luchas en que todo se convierte en proyectil, en que la confusión del combate es tan fúnebre que no se sabe lo que es justo, honrado y verdadero; en esos instantes, lo desconocido, el monitor misterioso de las almas, acababa de hacer resplandecer bruscamente, por encima de las claridades y de las lobregueces humanas, la gran claridad eterna.

Sobre el sombrío combate entre lo falso y lo relativo en las profundidades, asomó de improviso la faz luminosa de la verdad.

Intervino súbitamente la fuerza de los débiles.

Viéronse triunfantes tres desvalidos seres, apenas nacidos, inconscientes, abandonados, huérfanos, solos, balbucientes, risueños, teniendo en contra suya la guerra civil, la pena del talion, la horrible lógica de las represalias, el asesinato, la matanza, el fratricidio, el odio y, en fin, todas las górgonas. Abortó el plan de un infame incendio encargado de cometer un crimen; viéronse burladas las atroces premeditaciones; desaparecieron, disipándose, la antigua ferocidad feudal, el antiguo desprecio inexorable, la falsa creencia de las necesidades de la guerra, la razón de Estado y las arrogantes preocupaciones de la vejez cruel, ante la mirada de los ojos azules é inocentes de tres niños.

Espectáculo útil, que fué á la par lección y consejo.

Los combatientes frenéticos de una guerra sin cuartel vieron elevarse ante ellos un poder omnipotente, el de la inocencia, enfrente de todos los delitos, los atentados y los fanatismos, enfrente del asesinato, de la venganza que atiza las hogueras de la muerte, y llega con la tea en la mano.

La inocencia fué la vencedora.

Para disipar la guerra civil, la barbarie, el odio y el crimen, para disipar todos esos espectros, basta que brille una aurora; la de la infancia.

En ningún combate fueron tan visibles ni Satanás ni Dios. La arena de aquel combate fué una conciencia, la

conciencia de Lantenac. Y á la sazón comenzaba otra vez con más decisión y con más encarnizamiento acaso en otra conciencia, en la de Gauvain.

¡Tremendo campo de batalla es el hombre!...

Está entregado á esos dioses, á esos gigantes, á esos monstruos, que son sus pensamientos. Con frecuencia esos beligerantes pisotean nuestra alma.

Gauvain meditaba.

El marqués de Lantenac consiguió evitar el peligro y escaparse de la torre, estando cercado, condenado á muerte, oprimido como la fiera en el circo, encerrado en su morada convertida en prisión, estrechado por todas partes por un muro de hierro y de fuego. Se evadió, consiguiendo volver á tomar posesión de la selva para atrincherarse otra vez y del país para continuar la guerra, volviendo á ser el temible guerrillero, el capitán de los invisibles, el jefe de los hombres subterráneos, el dominador de las selvas. Gauvain logró la victoria, pero Lantenac consiguió la libertad. Ni era ya posible prenderle, ni llegar hasta él, ni siquiera saber dónde encontrarle. El león cayó en el lazo, pero se escapó de él.

Pues bien; después de su evasión, volvió espontáneamente á prenderse en el mismo lazo.

Abandonó su seguridad para entregarse á la muerte, y voluntariamente se metió en la torre que estaba en poder de los republicanos. Y para qué? Para salvar á tres niños.

Y qué iban á hacer con él?

Guillotinarlo.

Aquel hombre, por salvar á tres niños que no eran sus hijos, ni de su familia, ni de su casta, tres desconocidos desarapados y descalzos; aquel noble, aquel príncipe, aquel anciano, lo arriesgó todo, lo comprometió todo, lo aventuró todo, y al mismo tiempo que salvó del incendio á los niños, él entregó al enemigo su cabeza, temible hasta entonces y desde entonces augusta.

Y sus enemigos la aceptaban.

El marqués de Lantenac pudo elegir entre la vida ajena y la suya, y en esta suprema alternativa eligió su muerte. Y sus enemigos le iban á matar.

Daban esta recompensa á su heroísmo. Correspondían á un acto de generosidad con un acto salvaje. ¡Qué vergüenza para la Revolución! ¡Qué rebajamiento para la República!...

Cuando el hombre que representaba

las preocupaciones y la servidumbre se transformaba súbitamente al reconciliarse con los sentimientos de humanidad; ellos, los hombres que representaban la libertad y la emancipación, continuaban cometiendo las barbaries de la guerra civil y siguiendo en el fratricidio la rutina de la sangre.

Las leyes divinas del perdón, de la rendición y del sacrificio, que reconocían los soldados del error, no las reconocían los soldados de la verdad.

¿Por qué no aceptar esta lucha magnánima? ¿Por qué resignarse, siendo los más fuertes, á la derrota de mostrarse los más débiles? Siendo los vencedores, por qué humillarse á ser verdugos?...

¡Darian el espectáculo de que contemplasen á aquel gran soldado, que robaron en vez de prenderle, al ejecutar una acción sublime, cogiéndole en fragante virtud, amarrándole, porque él lo consintió, cuando llevaba aun en la frente el sudor del sacrificio, y le harían subir los escalones del cadalso, como si subiese el graderío de su apoteosis! ¡Pondrían bajo el filo de la guillotina aquella cabeza, á cuyo alrededor volarían suplicantes las tres almas de los tres ángeles salvados, y en aquel suplicio, infamante para los verdugos, verían la tranquila sonrisa de aquel hombre que llenaría de rubor la faz de la República!

Esto es lo que iba á ejecutarse en presencia de Gauvain, jefe del ejército republicano.

Pudiendo impedirlo no lo evitaría? ¿Debia satisfacerse con la altanera despedida de Cimourdain? ¿La abdicación en este caso no era complicidad? ¿No había de comprender que tratándose de tan enorme acción, el que la consiente es peor que el que la ejecuta, porque es el más cobarde?

Él había, sin embargo, empeñado la palabra de que moriría Lantenac si caía en sus manos. Él, el hombre clemente, declaró que el marqués constituía la excepción de su regla de clemencia y que él mismo se lo entregaría á Cimourdain; era una deuda que contrajo y tenía que pagarla.

Pero era esta cabeza la prometida? Hasta entonces Gauvain vió solo en Lantenac el combatiente bárbaro, el fanático de la monarquía y del feudalismo, el fusilador de prisioneros, el hombre sangriento, y no vacilaba en proscribir á aquel proscrito y se proponía ser implacable con aquel hombre, que era implacable también. Nada más natural:

tenia trazado el camino sangriento que tenia que seguir, estaba todo previsto: se mataría al matador, siguiendo el horror en línea recta; pero esa línea recta se rompió impensadamente, una curva imprevista revelaba un nuevo horizonte; verificóse una metamorfosis. Un Lantenac inesperado apareció en la escena; el monstruo se trocó en hombre, en héroe. No era ya el asesino, era el salvador que dejó aterrado á Gauvain, lanzando sobre él una onda de claridad celeste. Lantenac le acababa de herir con un rayo de bondad.

¿Al transfigurarse el marqués no habia de transfigurar á Gauvain? ¿A aquella corriente de luz no responderia otra? ¿El representante del pasado avanzaria y el representante del porvenir iria hácia atrás? ¿El representante de la barbarie y de la supersticion desplegaria súbitamente sus alas de ángel, se cerneria en las alturas, y veria arrastrarse bajo sus piés, en el fango y en la oscuridad, al representante de lo ideal?

Además, la sangre que iba á derramar, porque dejarla verter era derramarla, ¿no era la sangre de su familia, no era la sangre de los Gauvain? Su abuelo habia muerto, pero el hermano de su abuelo vivia y era el marqués de Lantenac. ¿El hermano de éste no se levantara de la tumba á pedirle cuentas de aquella muerte? ¿No se interponia entre Gauvain y Lantenac la mirada indignada de un espectro?

¿Acaso el objeto de la revolucion era desnaturalizar al hombre? ¿Se efectuó la revolucion para destruir la familia y ahogar los sentimientos de humanidad? Al contrario; para afirmar esas realidades supremas, y no para negarlas, surgió el año 89. Destruir las Bastillas era libertar á la humanidad, abolir el feudalismo era fundar la familia. Siendo el autor el punto de partida de la autoridad, y estando la autoridad incluida en el autor, no hay más autoridad que la paternidad; de esto nace la legitimidad de la abeja-reina, que procrea su pueblo y que, siendo madre, es reina; de aquí nace el absurdo del rey-hombre, que, no siendo padre, no puede ser señor; de aquí nace la supresion del rey, de aquí nace la República. ¿Y qué viene á ser? La familia, la humanidad, la revolucion. La revolucion es el advenimiento del pueblo, y en el fondo el pueblo es el hombre.

La cuestion ahora era saber si cuando Lantenac acababa de volver al seno de

la humanidad, Gauvain debia tambien volver al seno de la familia; era saber si el tio y el sobrino debian reunirse en la luz superior, ó si á un progreso del tio tenia que responder un retroceso del sobrino.

La cuestion en el debate patético de Gauvain con su conciencia se presentaba en los términos anteriores, y la consecuencia que de estos se desprendia era la de salvar á Lantenac.

Pero y la Francia?

La Francia peligraba; estaba desmantelada, abierta y entregada á sus enemigos; carecia hasta de fosos, y la Alemania pasaba el Rhin; no tenia murallas, y la Italia atravesaba los Alpes y España los Pirineos; solo la resguardaba el gran abismo del Océano. Tenia ese abismo en su favor; en él podia apoyarse y como un gigante combatir á toda la tierra.

Situacion acaso inexpugnable si podia sostenerla, pero no podia; el Océano no iba á pelear en favor suyo, porque en él estaba la Inglaterra, y aunque Inglaterra no sabia cómo atravesarlo, habia en Francia un hombre empeñado en construirla un puente y en tenderla la mano, diciendo á Pitt, á Craig, á Dundas y á los piratas:—“Venid á apoderaros de Francia.”; ese hombre era el marqués de Lantenac.

Ese hombre le tenia preso Gauvain. Despues de tres meses de encarnizada persecucion se le pudo capturar. La mano de la revolucion asíó á aquel maldito; la guerra del 93 se apoderó del cuello del matador realista: por uno de esos efectos de la premeditacion misteriosa que desde lo alto interviene en los acontecimientos humanos, aquel parricida esperaba su castigo encerrado en el calabozo de su casa solariega. El hombre feudal yacía en el feudal calabozo del Olvido; las piedras de su castillo se erguian contra él y se cerraban sobre él, y él, que queria entregar á su pais, se vió sepultado en su propia casa. Dios acaso preparó invisiblemente estos acontecimientos. Sonó la hora de la justicia: la revolucion hizo prisionero á su enemigo público, que ya no podia combatir ni causar daño: era la única cabeza de la Vendée que disponia de muchos brazos; concluyendo con él se concluia la guerra civil.

Su prision era el desenlace trágico y feliz despues de tanta carniceria, despues de tantos asesinatos; el hombre que

causó tantas muertes estaba en el calabozo esperando la hora de morir.

Se atreveria alguno á salvarlo?

Cimourdain, esto es, el 93, se apoderó de Lantenac, esto es, de la monarquía; ¿quién se atreveria á arrancar esta presa de aquellas garras de bronce?... El malhechor social estaba muerto, y con él terminaban la rebelion, la lucha fratricida, la guerra salvaje; ¿quién se ha de atrever á resucitarle? ¿Cómo se reiria aquel espectro, diciendo:—“Me dejan vivo los imbéciles!”

Volveria á encender la guerra intestina; surgiria otra vez implacable, gozoso y envalentonado; dentro de poco tiempo se verian casas incendiadas, prisioneros pasados á cuchillo, heridos acabándolos de matar, mujeres fusiladas. ¿No exageraba Gauvain el mérito de una accion que le fascinaba?

Tres niños iban á morir abrasados y Lantenac los salvó; pero él antes los expuso á este peligro.

¿Quién habia expuesto aquellas cunas á que las quemara el incendio? El Imano, y el Imano era el teniente del marqués, pero el responsable era el jefe; luego el incendiario y el asesino era Lantenac.

Qué hizo que fuese admirable? No persistir en su primer intento, nada más.

Despues de preparar el crimen, retrocedió ante él horrorizado. El grito de la madre removió en él su fondo de anti-gua compasion humana, especie de depósito de la vida universal, que existe en todas las almas, hasta en las más depravadas, y deshizo el crimen que habia construido; todo el mérito de su accion estuvo en no haber sido monstruo hasta el fin.

¿Por lo poco que daba se le habia de devolver todo?... ¿Habia de dársele el espacio, los campos, la llanura, el aire, la luz, los bosques, que aprovecharia para el bandolerismo; la libertad, de la que se valdria para imponer la servidumbre; la vida, que emplearia en proporcionar la muerte?

Tratar de entenderse con él, pactar con aquel hombre altivo, ofrecerle la libertad bajo condiciones, era inútil, pues las despreciaria, contestando:—“Guardaos para vosotros esa bondad y matadme.”

A Lantenac solo era posible darle ó la libertad ó la muerte; estaba siempre dispuesto á remontar el vuelo ó á sacrificarse; era para sí mismo ó águila ó precipicio.

Si se salvaba á Lantenac, habria que empezar otra vez la guerra de la Vendée, que retoñaria como la hidra hasta que la cortasen la última cabeza. En un instante, y con la rapidez del meteoro, la llama que se extingue se encenderia en seguida. Lantenac no descansaria hasta realizar su plan execrable de poner la monarquía con la losa de la tumba sobre la República y á la Inglaterra sobre la Francia. Salvar á Lantenac era sacrificar á la nacion; la vida de Lantenac costaria la muerte de multitud de seres inocentes, hombres, mujeres y niños, que se verian envueltos en la guerra civil: la vida de Lantenac era quizás el desembarque de los ingleses, el retroceso de la revolucion, el saqueo de las ciudades, el destrozo de los pueblos.

Gauvain, en medio de toda clase de resplandores inciertos y de claridades contradictorias, veia vagamente bosquejarse en su imaginacion y establecerse en su pensamiento este problema: Dar libertad al tigre. Le reaparecia la cuestion bajo su primer aspecto: la piedra de Sísifo, que no es más que la lucha del hombre consigo mismo, volveria á caer. Lantenac era verdaderamente tigre?

Acaso lo fué; pero, lo era aun? Gauvain sufría la influencia de esas espirales vertiginosas del espíritu que se vuelve contra sí mismo y que dan al pensamiento la forma de culebra enroscada. Despues de examinar bien todas las circunstancias, ¿podia negarse el sacrificio de Lantenac, su estóica abnegacion y su desinterés sublime? Ante las abiertas fauces de la guerra civil dar un solemne testimonio de humanidad, en el conflicto de verdades inferiores intervenir con una verdad superior; probar que por encima de las monarquías, que por encima de las revoluciones y sobre las cuestiones terrestres, están el inmenso enterneamiento del alma humana, la proteccion que deben los fuertes á los débiles, la salvacion que deben procurar los que están libres á los que están perdidos, la paternidad con que deben mirar los ancianos á todos los niños; probar esas magnificencias entregando la cabeza; ser general y renunciar á la estrategia, á las batallas, al desquite de las derrotas; ser realista, coger una balanza y poner en uno de sus platillos al rey de Francia, á la monarquía de quince siglos y el restablecimiento de las antiguas leyes, y poner en el otro platillo de la balanza tres niños, hijos de cualquier aldeano, y probar que el rey, el trono y

los quince siglos de monarquía pesan menos que aquellos inocentes. No, no era un monstruo Lantenac, ese hombre que acababa de iluminar con el resplandor de una acción divina el precipicio de las guerras civiles. El porta-espada se ha metamorfoseado en porta-luz. Redimió á Lantenac de todos sus actos de barbarie este acto de sacrificio: perdiéndose materialmente, moralmente se salvó, y recobrando la inocencia firmaba su propio perdón.

Lantenac acababa de ser un hombre extraordinario, ahora le tocaba á Gauvain el turno de serlo.

Gauvain debía encargarse de la réplica.

La lucha de las pasiones buenas con las malas creaba el caos en aquellos momentos; Lantenac, dominando el caos, había desprendido de él la luz de la humanidad; tocaba ahora á Gauvain desprender la luz de la familia.

Qué iba á hacer? ¿Burlar la confianza de Dios? No. Murmuró diciéndose á sí mismo:—Salvemos á Lantenac.

—Muy bien, corre, sirve á los ingleses, desierta, pástate al enemigo, salva á Lantenac y haz traición á la Francia.

Al ocurrírsele esta reflexión temblaba.

—Tu solución no es solución, eres un soñador.

Gauvain veía en la oscuridad la siniestra sonrisa de la esfinge.

Su situación moral era una especie de encrucijada terrible, en la que venían á parar las verdades combatientes confrontándose, y en la que se miraban frente á frente las tres ideas superiores del hombre: la humanidad, la familia, la patria.

Cada una de ellas tomaba la palabra á su vez y cada una tenía razón. ¿Cómo decidirse? Cada una por turno parecía haber encontrado el punto de enlace de la prudencia y de la justicia, y le decía:—Haz esto.—Es eso lo que debo hacer?—Sí.—No.—El raciocinio decía una cosa, el sentimiento otra; los dos consejos eran contrarios. El raciocinio no es más que la razón, pero el sentimiento es muchas veces la conciencia; el primero nace del hombre, el segundo proviene de más alto. Por eso el sentimiento tiene más claridad y más poder, sin embargo de estar dotada de gran fuerza la severa razón.

Gauvain vacilaba.

Terrible perplejidad!

Dos abismos se abrían á sus pies. ¿Perdería al marqués ó lo salvaría? Era pre-

ciso precipitarse en uno ó en otro. ¿En el fondo de cuál estaba el deber?...

### III.

#### El capuchon del jefe.

Con el deber quería cumplir, con el deber que se presentaba siniestro ante Cimourdain y formidable ante Gauvain, sencillo ante aquel y múltiple, diverso y tortuoso ante éste.

Dieron las doce y luego la una de la madrugada.

Gauvain, sin apercibirse, se acercó poco á poco á la entrada de la brecha.

El incendio solo despedía ya difusa reverberación; se extinguía.

La meseta de la otra parte de la torre recibía el reflejo de dicha reverberación y se veía ó se ocultaba, según que el humo cubría ó no cubría el resplandor del fuego. Gauvain, al través de su meditación, contemplaba vagamente las alternativas de humo cubriendo el resplandor y las del resplandor disipando el humo. Estas apariciones y desapariciones sucesivas de luz tenían para él analogía con las apariciones y las desapariciones de la verdad en su pensamiento.

De improviso, entre dos torbellinos de humo, una chispa desprendida del foco del incendio voló por el aire, alumbrando con viva claridad lo alto de la meseta y haciendo resaltar la silueta roja de un carro, rodeado de ginetes con tricorrios de gendarmes. Gauvain comprendió que debía ser la carreta que divisaron con el anteojo él y Guechamp poco antes de ponerse el sol. Varios hombres se ocupaban en descargarla al parecer; lo que sacaban de ella debía ser pesado, porque de vez en cuando sonaba á hierro; eran maderos para formar andamio. Dos de aquellos hombres bajaron y pusieron en tierra un cajón, que á juzgar por su forma debía contener un objeto triangular. Cuando la chispa se apagó volvió á cubrirlo todo la oscuridad; pero Gauvain permaneció pensativo con la vista fija en la dirección de aquel punto.

Habían encendido faroles y muchos hombres iban y venían por la meseta, pero apenas podían divisarse sus bultos. Oía Gauvain voces de gentes que conversaban, sin poder oír las palabras. Aquí y allá sonaban golpes sobre madera y un rechinar metálico como el que produce la hoz cuando se afila.

Dieron las dos.

Gauvain se dirigía lentamente hacia la brecha: al acercarse conoció el centinela en la penumbra el capote y el capuchon galoneado del comandante y se puso el arma al hombro. Gauvain entró en la sala del piso bajo, transformada en cuerpo de guardia. De la bóveda pendía un farol, que solo despedía la escasa luz necesaria para poder atravesar la sala sin pisar á los soldados de la guardia que estaban tendidos sobre paja, la mayor parte de ellos durmiendo.

Allí estaban acostados aquellos hombres que habían peleado pocas horas antes; les incomodaba bastante para dormir la metralla mal barrida que quedó esparcida bajo sus cuerpos en granos de plomo y de hierro, pero estaban tan rendidos que descansaban. Aquella sala fué el teatro horrible de la lucha: allí comenzó el ataque, allí se oyeron rugidos, juramentos, golpes, rechinar de dientes y de aceros; allí se mató y se murió; los soldados durmientes ahora vieron sucumbir allí á muchos de sus compañeros, pero la lucha ya terminó; la sangre ya no corría; habían limpiado ya los sables, los muertos estaban ya enterrados y los soldados de guardia reposaban tranquilos.

Al entrar Gauvain, algunos de los que estaban tendidos sobre la paja se levantaron, entre ellos el oficial que mandaba la guardia. Gauvain le designó la puerta del calabozo.

—Abrid, le dijo.

Descorrieron los cerrojos y se abrió la puerta.

Gauvain entró en el calabozo.

La puerta se cerró tras él.

## LIBRO SÉPTIMO

### Feudalismo y Revolución.

#### I.

##### El abuelo.

Colocaron una lámpara en las losas de la cripta, al lado del tragaluz cuadrado del pozo del Olvido. El cántaro de agua, el pan de munición y el haz de paja descansaban en tierra.

Estando abierta la cripta en la roca, el preso que le ocurriese prender fuego á la paja hacia un trabajo inútil, porque no tenía peligro de incendiarse

la prisión y corría peligro de asfixiarse el preso.

Al girar la puerta sobre sus goznes, el marqués se paseaba de un lado al otro del calabozo, vá y viene propio de las fieras enjauladas.

Al ruido que produjo la puerta al abrirse y cerrarse volvió Lantenac la cabeza, y la lámpara que estaba en tierra, entre él y Gauvain, iluminó plenamente el semblante de aquellos dos hombres.

Se miraron, y su mirada fué de tal naturaleza, que los dejó inmóviles.

El marqués exclamó, sonriendo sarcónicamente:

—Buenos días, señor vizconde. Muchos años hace que no tenía la satisfacción de veros. Gracias os doy porque me dispensais el favor de visitarme. Deseaba tener con quién hablar, porque os confieso que empezaba á aburrirme. Vuestros amigos pierden el tiempo con la identificación de la persona y con los consejos de guerra; todo eso es largo. Yo terminaría más pronto. Ya que estoy en mi casa, tomaos la molestia de pasar adelante. Qué me decís de todo lo que sucede? Es original, no es cierto? Teníamos rey y reina; el rey era el monarca y la reina la Francia; cortaron la cabeza al rey y casaron á la reina con Robespierre. Éste caballero y aquella señora han tenido una hija que se llama guillotina, á la que parece me presentarán mañana. Mucho lo celebraré, como ahora celebro veros. Venís para eso? Habeis ascendido? Seríais ya verdugo? Si es una simple visita de amistad, os la agradezco. Señor vizconde, vos quizás no sabeis ya lo que es un gentil-hombre; pues bien, aquí teneis uno, yo soy; miradlo, que es un objeto curioso y raro. Cree en Dios, en la tradición, en la familia, en sus abuelos; cree en el ejemplo de su padre, en la fidelidad, en la lealtad, en el deber para con su príncipe, en el respeto á las antiguas leyes, en la virtud y en la justicia. Tened la bondad de sentaros en tierra, porque aquí no hay sillones, pero el que vive en el fango bien puede sentarse en el suelo. No lo digo por ofenderos, sino porque lo que nosotros llamamos lodo, vosotros llamais nacion. Supongo que no vendreis á exigirme que diga á voz en grito libertad, igualdad y fraternidad. Este es un antiguo encierro de mi casa; antes los señores metían aquí á la canalla; ahora la canalla mete aquí á los señores, y esto es lo que se llama revolución. Parece que me cortarán la cabeza den-